

TÁNGER - Los hijos del estrecho (2008)

“Ítaca es pobre”, decía Ulises, “y aún así no encuentro nada tan dulce como mi patria”

Dos padres hablan por teléfono

– Álvaro tuvo una oferta de su empresa para instalar una planta cementera en Casablanca, pero después de las bombas del otro día comprenderás que se haya negado a aceptar el encargo.

– Me gustaría que mi hijo hiciese lo mismo –dijo el padre de Marc a su amigo Aguirre–, pero veo que no tiene intención de renunciar al trabajo que le ha salido en Tánger. Está muy metido en asuntos de emigración y hacer un reportaje sobre el proyecto Catalunya–Magreb encaja de lleno en sus ideales. Yo estaría más tranquilo si no fuese, pero no puedo hacer nada para impedirlo.

– Todos los intereses españoles en Marruecos son ahora objetivos potenciales de los terroristas –advirtió el vasco.

– De acuerdo que podrían repetirse los atentados del 2003 que hicieron un montón de muertos. Pero bueno, tampoco tiene forzosamente que ser así; esperemos que no ocurra nada. Adiós Luís, estaremos en contacto – se despidió el padre de Marc colgando el teléfono.

No quiso decirle a su amigo lo que pensaba en realidad. Entendía muy bien la decisión del hijo de éste, pero se guardó de hacer comparaciones. No tenía sentido para un químico arriesgar su vida para construir una planta cementera, pero para un antropólogo, como su Marc, aquel trabajo era una oportunidad como para no andarse con miedos. Le vino a la memoria la frase de Jean Clair de que “la sangre de un muerto por una causa noble no tiene el mismo color de la del que muere en un accidente”. No tenía porque haber sangre, pero la decisión de su hijo era valiente. Y como de costumbre, aunque preocupado, se sintió orgulloso de él.

Un proyecto controvertido

Marc Soldevila se despertó y, después de vestirse, bajó a la cocina del palacete donde se alojaban los colaboradores a medida que se iban incorporando. El político al que el Tripartito había nombrado responsable del proyecto, se pasaba el día en avión entre Tánger y Barcelona. El asunto no avanzaba y Marc no había tardado mucho en darse cuenta de la evidente dificultad que tenía aquel hombre, de nombre Gerard, un cargo político de ERC, a la hora de crear sinergias.

El proyecto estaba dirigido a disuadir la emigración clandestina desde el mismo Marruecos, ofreciendo formación en una escuela piloto con la idea de extender la experiencia. La situación de los jóvenes “haraga”, los chicos que vagaban por Tánger a la espera de una posibilidad para pasar a España, era desesperada, y conscientes de ello, todos los colaboradores daban lo mejor de sí mismos a pesar de los tropiezos que surgían a diario. Se daban muchos palos de ciego y los avances eran lentos.

A él le habían contratado para realizar un audiovisual, pero pronto fue destinado a desencallar una tarea más acuciante: el de construir una escuela de formación profesional en un edificio destartado que el Ayuntamiento de Tánger había cedido al Proyecto. Y en eso estaba. Había tramitado las hojas de encargo y contratado un grupo de peones para desembarazar los locales. Completados estos trabajos, y aunque se disponía de dos millones de euros, desembolsados a mitad entre fondos europeos y la Generalitat, todo el presupuesto se empleaba en estudios y proyectos políticamente correctos pero que no servían para nada.

En el proyecto participaban varias ONG y asociaciones de Barcelona, que opinaban sobre las características del trabajo de barrios, la formación de los educadores, la coordinación de las materias, en fin, que opinaban sobre casi todo. El presupuesto daba además para varios flecos, como estudios de género, la propaganda del mismo, etc. etc. Había cuatro años de plazo para gastarlo y de hecho no se sabía cómo, considerando la necesidad de consensuar con tanta gente y la distancia física con el centro de decisiones.

En una reunión Marc expuso la idea de pedir colaboración a empresas catalanas establecidas en Tánger. Inició una ronda de visitas y en pocos días obtuvo resultados en forma de material de construcción y dinero para la futura escuela. Así el proyecto se financiaba parcialmente, y lo que era más importante, involucraba empresas que se comprometían con la iniciativa.

En la cocina no había nadie más aquel día y Marc tomó apresuradamente un desayuno de frutas y yogurt, salió en dirección a la parte nueva de Tánger, donde estaba el piso que se utilizaba como despacho. Allí tenía una entrevista de trabajo con Kamal, uno de los educadores marroquíes que colaboraban en el proyecto. El chico no tardó en llegar.

–Malas noticias –informó Kamal nada más cruzar la puerta–, la González salió ayer en la tele y en su

opinión, los menores que ya han logrado pasar el estrecho no deben volver a Marruecos. Afirma que han de recibir en España la formación que más adelante les permitirá ayudar a sus familias. Según ella, construir una escuela en Tánger es una idea desafortunada e insolidaria.

Kamal se refería a Fátima González, la antropóloga sevillana que desde Tánger y desde el primer día se mostraba opuesta al proyecto Catalunya-Magrib.

–Desde luego, sólo falta que haya oposición desde aquí para acabar de joderlo todo—musitó Marc con una breve mueca de contrariedad.

Las horas transcurrían lentas en el despacho. De tanto en tanto se presentaban colaboradores marroquíes y algún amigo. Lunes llegaban dos jóvenes sociólogas, Marta i Nuri, que Gerard había fichado para hacer un estudio de género. Había pasado un mes desde que los yihadistas hicieron estallar las bombas en Casablanca y al día siguiente del atentado los rótulos de la Generalitat habían desaparecido del Toyota 4x4 asignado al proyecto. Ahora los ánimos estaban más tranquilos y se producían nuevas incorporaciones.

Al salir del despacho, Marc tomó un taxi hacia la Casbah, hasta la plaza del Palacio donde se apeó para dirigirse a casa. Al pasar por delante del minúsculo local señalado con el letrero, rotulado a mano, que rezaba “Los hijos del Estrecho” en árabe y en castellano, entró, saludó a los músicos y se sentó con ellos, como ya había hecho en otras ocasiones, incapaz de resistirse al atractivo de la música sufi.

“Vocación es lo que hay que tener” –pensaba Marc– al ver como aquel grupo mantenía viva una música nacida al otro lado del Estrecho, de donde sus antepasados fueron expulsados cuando llevaban siglos viviendo allí, y la mantenía viva sin recibir subvenciones ni ayudas. Y lo que era más sorprendente; sin rencor, pero eso sí, con una melancolía que trascendía el ritual para bordear el misterio.

De tanto en tanto, alguno de los chiquillos que jugaban en la plaza de la casbah entraba y pedía agua. Uno de los músicos, siempre el mismo, se levantaba y con sencilla naturalidad se dirigía a la cocina dispuesta justo en la entrada, donde llenaba un recipiente que entregaba al niño con una sonrisa. El niño tomaba el cuenco con ambas manos, entonces se sentaba y apuraba lentamente su contenido.

Marc estaba también sentado, escuchando la música y conversando con Abdelhari, guía de senderismo en el Atlas, que se expresaba en un castellano casi perfecto y era muy preciso al expresar sus opiniones.

–En la mitología griega, Tánger fue descrita como un edén mítico –afirmó el tangerino– pero ahora nos vemos obligados a emigrar. Los niños se escapan porque la mayoría viven en la pobreza. Se quedarían en Tánger si hubiese trabajo, porque aquí es donde tienen su familia. La mayoría han abandonado la escuela antes del primer año de secundaria y tienen delante suyo una falta absoluta de perspectivas laborales.

>Mi nieto Omar era un “haraga”, un incendiario del Estrecho, como ellos mismos se llaman. No teníamos medios para pagar a las mafias para un pasaje o para arreglar papeles falsos, porqué hablamos de seis o siete mil euros, lo que se dice pronto. Escondido en los ejes de un remolque, Omar logró llegar hasta Málaga y allí estuvo casi un año, hasta que fue repatriado. Ahora trabaja aquí, en la Asociación Darna, el único centro internacional que hace algo por los “haraga”, aparte de vosotros. En Málaga aprendió forja y ahora enseña las bases del oficio a niños que, malviviendo entre ruinas, drogados con cola o con alcohol, permanecen en Tánger por la vergüenza de regresar a su pueblo, hasta que son rescatados por la Asociación.

>Mi otro nieto, Driss, lleva varios intentos de cruzar como polizone en un barco donde conoce a alguien, o al menos es lo que él nos dice. Su sueño es mandar a casa cuatrocientos euros al mes. Pero éste es un objetivo que muy pocos logran. Un amigo suyo murió barrido por las hélices de un barco, y otro se ahogó en el mar. Hasta los peces se le comieron los ojos. Pero mi nieto tiene fe.

>Aquí los niños no tienen cosas materiales, pero tienen una vida rica, el amor de sus padres y una tierra hermosa. Pero por desgracia no tienen más futuro que ocupaciones precarias y por muy pocos dirhams. Por esto quieren pasar al otro lado.

Marc sabía que los magrebíes aman profundamente su tierra y se sienten orgullosos de ella. Pero, recorriendo los pueblos del Rif, sus áridas colinas y sus secos barrancos punteados de adelfas de color rojo, no acertaba a comprender qué tenía aquella tierra para merecer ser amada tan profundamente.

–Nuestro mar es cristalino y nuestros cielos profundos –prosiguió Abdelhari—. La luz que los inunda es la del principio de todas las cosas, la energía primera que fue el origen de la vida. Y cuando cae la noche, el aroma de los jazmines te amodorra y te hace pensar que caminas por una imprecisa eternidad.

Al escuchar las palabras de Abdelhari, Marc se dio cuenta de que, sea pobre o sea rica, para un ser humano nada es tan dulce como su patria.

La historia de Driss

El canto sostenido de un gallo sacó a Driss de sus pensamientos. Entonces se dio cuenta de que llevaba horas levantado y el sol había ya pintado de ocre y azul las casas de la Medina. De vez en cuando una mujer aparecía para retirar la ropa expuesta al sol en la azotea. Abajo, en las empinadas calles que ascendían desde el puerto hasta la Casbah, los hombres tomaban el té y recordaban el pasado. Los comercios desplegaban sus

productos a la espera de los primeros turistas que, procedentes de la Costa del Sol, se desparramarían por la vieja ciudad y acabarían comprando algún recuerdo de su visita. La conversación de los tangerinos, siempre abierta al forastero, mezclaba la rutina del comercio –animada con la expectativa de un favorable regateo–, con el convencimiento de que los buenos tiempos volverían a aquella ciudad que tanto sabía de las idas y venidas de los pueblos que la habían transitado. Tánger, la blanca, la que nunca dejó de fascinar, se desperzaba al borde del mar como una blanca gaviota posada en el lomo de África.

Al este de la Casbah, otros niños, de la misma edad que Driss, se columpiaban en la reja que enmarcaba la vista del mar. La mitad de los barrotes habían desaparecido y parecían recordar las ausencias de los amigos que ya estaban fuera. Los que quedaban, estaban tan torcidos como el destino de quienes habían fracasado en la travesía. Al otro lado de la reja, Driss, sentado en el hormigón que sobresalía del acantilado, la mirada perdida en la costa de Tarifa, volvió a sumergir sus sueños en las aguas del estrecho. Más lejos, en el mar, una vieja dragadora y un carguero fondeado en rueda parecían esperar la llegada del ferry de Algeciras.

Ahmed llegaba en el Comarit de las tres para hablar del trabajo con el padre del chico, mientras su madre miraría hacia otro lado, para ignorar que Driss quizá debía emprender la peligrosa ruta pegado al chasis de un camión. A partir de aquí cambiarían muchas cosas en la vida de ambos.

Epílogo

Los estados no tienen amigos, sino intereses...así que nadie se crea que si ayudamos es gratis.

Dos años más tarde de escribir esta historia, España está sumida en una profunda recesión económica y toma cuerpo la certeza de que los buenos tiempos han terminado. Aunque la corriente migratoria hacia Europa va a continuar, ya no es tan necesario combatir la creencia de que en España se encuentra el paraíso, de que aquí se vive tan bien, de que te pagan aunque no trabajes. El nuevo gran puerto de Tánger dará un giro radical a la situación en la comarca. El Consorcio del puerto de Barcelona, viendo la magnitud de la futura competencia, se apresuró a contratar importantes espacios en el Tánger- Med. Ahora mismo el PIB de Marruecos sube a buen ritmo mientras el de España está estancado. Otra cosa es si el desarrollo y las reformas prometidas por la monarquía alauita llegarán a tiempo de frenar la revuelta que empezó en Túnez y que se extiende incontenible por todos los países árabes.

Tenemos la evidencia de que muchos países ya han salido de la pobreza por su propio esfuerzo: sin nuestra ayuda y a menudo a pesar de nuestra ayuda. Llegará un día, quizá no muy lejano, en que los receptores de políticas sociales de corte paternalista pasarán a convertirse en los protagonistas de su historia, y entonces, y solamente entonces, los hijos del Estrecho no se verán obligados a emigrar.